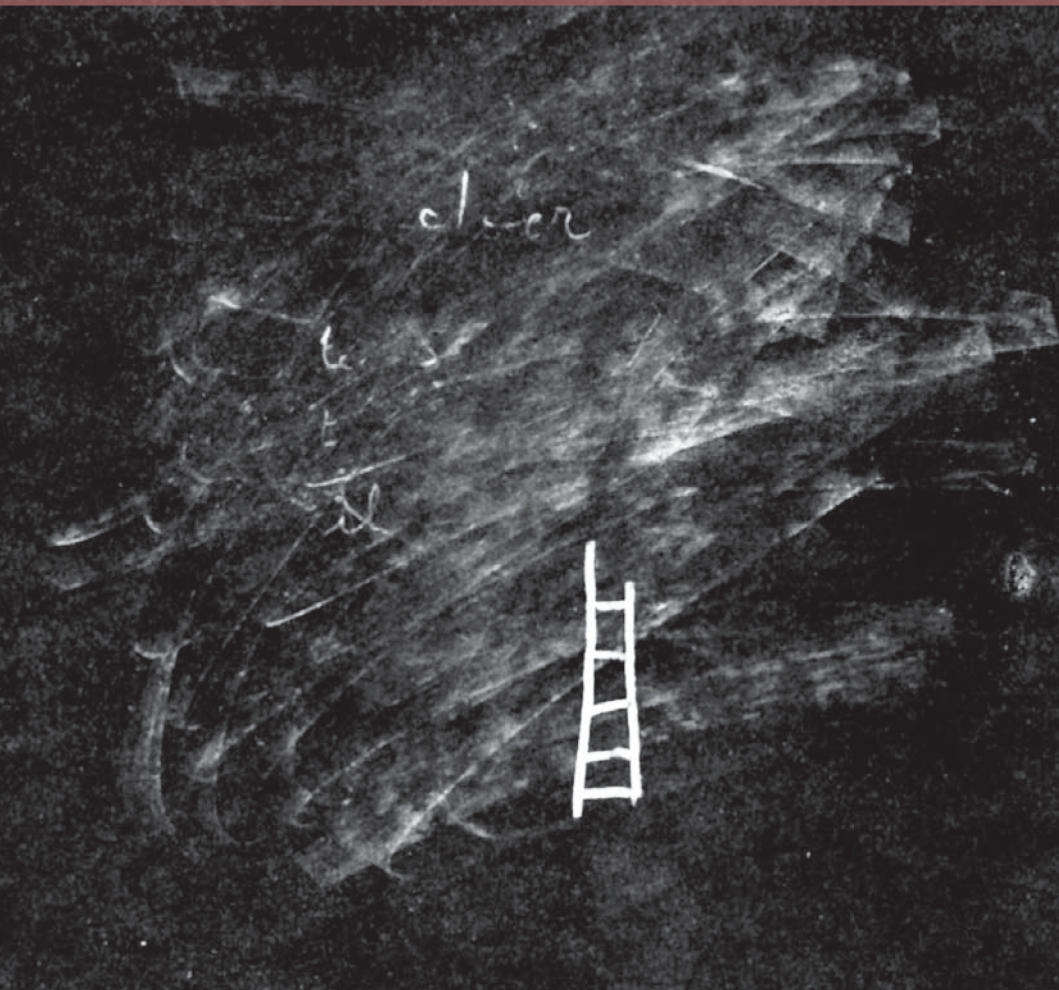


Marina Garcés

Fuera de clase

Textos de filosofía de guerrilla



Galaxia Gutenberg

Marina Garcés

Fuera de clase

Textos de filosofía de guerrilla

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Título de la edición original: *Fora de classe*, editado por Arcadia Editorial
Traducción del catalán: Patricia Valero Mous

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre 2016

© Marina Garcés, 2016
© de la traducción: Patricia Valero, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 15103-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-58-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

PRÓLOGO

Un mapa inacabado de pistas

La filosofía, para mí, no fue de entrada una opción académica o profesional. Fue, sobre todo, una decisión que me salvó de una muerte en vida. De adolescente, todavía protegida por la escuela, veía con espanto la sociedad que a finales de los años ochenta ya se anunciaba: competitividad, clientelismo y privatización, incluso de la existencia. Un presentimiento me embargó. Un impulso me hizo saltar fuera del recorrido que me esperaba, que nos esperaba, y en el que incluso la relación con el deseo de saber y de aprender quedaba subordinada a esas lógicas depredadoras y empobrecedoras.

La filosofía, sin embargo, no me llevó fuera del mundo. Me permitió entrar en él por una puerta imprevista. La filosofía tiene esa virtud, que quiere decir esa fuerza y esa capacidad: trazar los caminos de lo impensado. Dibujar caminos allí donde no los hay. Desplegar dimensiones de la realidad donde ésta parece plana y unidimensional. Establecer relaciones entre elementos heterogéneos, entre mundos incommunicados. En mi caso, este camino de lo impensado me llevó del yo al nosotros, de la impotencia al compromiso y de la sospecha a la confianza. El mundo no me parece mejor, todo lo contrario. Pero ya no miro la realidad desde la barrera: los conceptos son herramientas muy potentes, porque nos permiten elaborar los verdaderos problemas, abrirlos y compartirlos. A esto no lo podemos llamar salvar el mundo, pero sí ponernos en la situación de entender algunos de sus aspectos y transformarlos.

Con los años, me he convertido en profesora de filosofía en la universidad de una ciudad lejana, entro y salgo del lu-

gar en el que vivo, como entro y salgo de clase. Me gusta el aula, la aridez del día a día, las horas acumuladas, el duro entrenamiento de cuerpo y mente, la indiferencia simulada de los estudiantes y el entusiasmo contenido de mi propia voz cuando me reencuentro, al explicarlos, con autores, textos e ideas. Pero aun así, la filosofía es para mí un árbol que sigue teniendo las raíces y las hojas fuera de clase. Hay un tronco, visible, hecho de disciplinas académicas, obras y referencias que hace falta conocer y en las que hay que profundizar si se quieren tener determinadas herramientas filosóficas y participar en ciertos debates. Pero ¿dónde echan raíces sus preguntas? Y ¿hacia dónde apuntan los problemas que plantean?

Éstas son las cuestiones que ningún plan de estudios y ninguna ley educativa pueden neutralizar. Pasaremos un tiempo, es posible, con las escuelas y las universidades huérfanas de filosofía. Como hemos pasado décadas con una enseñanza más bien deficitaria y ridícula de compendios de temas y lecciones de historia de la filosofía al final del bachillerato. Pero si ampliamos el foco histórico y cultural... ¿qué encontramos? ¿No ha habido, quizás, situaciones más adversas todavía en las que la mala hierba filosófica ha tenido que crecer entre las grietas de los castillos y de las murallas, en los márgenes y en campo abierto? Intuyo que estamos en un momento parecido: se alzan cada vez más altas las paredes de cristal de un sistema educativo que somete a un mercado de trabajo vacío de contenidos y ansioso por obtener una fuerza de trabajo flexible y disponible. Pero fuera de clase crecen la inquietud y el malestar, la necesidad de preguntas radicales y de conocimientos capaces de llevarnos más allá del dictado de la actualidad.

La vida duele. Siempre lo ha hecho. Pero los anestésicos mediáticos y farmacológicos a los que nos habíamos confiado no nos sirven. Y la vida quiere más: ser vivida, ser compartida y hacerlo con dignidad. Los expertos y tecnócratas también han demostrado no tener las recetas que lo garantizan. ¿Qué hacemos entonces? Pensar. Y confiar en la fuerza

transformadora del pensamiento. Eso es lo que nos brinda la filosofía. No nos ofrece teorías precocinadas, modelos cerrados o ideologías establecidas, sino que nos permite reencontrar la fuerza del pensamiento y utilizarla para transformar la vida. Es una fuerza personal y colectiva, íntima y pública, singular y plural, irreductible y comunicable. Pero sobre todo es una fuerza igualitaria: todo el mundo es capaz de usarla si se decide a hacerlo y si se crea el contexto para poder desplegarla. Contra todo dogma o monopolio del saber, la filosofía sólo es posible allí donde alguien ha dejado una cosa sobre la que pensar y alguien la retoma y la desplaza. En este sentido, la filosofía es ambiciosa y generosa, arrogante y humilde al mismo tiempo. Dice más de lo que normalmente nos permitimos decir, pero siempre dice menos de lo que podríamos aspirar a saber o a tener.

El deseo de entender abre lugares comunes porque inquieta e interpela al mismo tiempo. Pero precisamente por eso la filosofía no tiene un lugar propio. La filosofía siempre es, por definición, impropia, y desencadena pasiones inapropiadas porque hace que nos relacionemos con lo que somos y con lo que hacemos desde preguntas no esperadas y con consecuencias no previstas. Es en este sentido que la filosofía es, para mí, una práctica de guerrilla. De igual modo que la guerrilla no tiene un frente de lucha fijo, sino que luchando crea su propio campo de batalla, la filosofía no tiene un territorio acotado, sino que pensando crea su propia cartografía. Es la que nace, como decía, de dibujar los caminos de lo impensado. Y así como las guerrillas avanzan liberando barrios, pueblos y territorios, la filosofía avanza liberando las palabras de todo lo que captura su uso y su sentido.

Hoy, las formas de captura de las palabras, en nuestra sociedad, son múltiples y muy sofisticadas, ya que se esconden bajo el velo de la libertad de opinión y de expresión, bajo el derecho universal a la educación y bajo el acceso global a la información. Bajo estas tres condiciones, la palabra parece ser libre, como parecemos ser libres los ciudadanos de las democracias occidentales. Pero sabemos muy bien que no lo so-

mos, como no lo son tampoco nuestras palabras. A finales del siglo XIX, los escritores y pensadores europeos se quejaban de que las palabras les llegaban gastadas, cansadas, deshechas. Se les caían de la boca. Habían perdido vitalidad, esto es, capacidad de decir y expresar la vida que las mueve. Literalmente, podríamos decir que estaban sin aliento, desanimadas. Con la experiencia de las guerras mundiales, en el siglo XX, el sentido se rompió y el lenguaje se quedó mudo. Tras esta muerte colectiva, a nosotros las palabras nos llegan estandarizadas, saturadas, redundantes y organizadas en segmentos de público y de interés. Hay para todos y a todas horas. La cuestión es que no se detengan. Que la comunicación no se interrumpa. Que la actividad no pare. Que siempre tengamos alguna cosa más que decir, a punto para ser repetida. Siempre la misma, aunque parezca distinta, para no tocar nunca la realidad. Las palabras forman parte, así, de un flujo ininterrumpido que conecta la vida privada, los afectos, las profesiones, la información y la opinión en una pasta pegajosa que no nos deja respirar.

Pensar es aprender a respirar. Nada más sencillo y nada más difícil. Por eso el cuidado de lo que hemos dado en llamar alma y el cuidado de la respiración tienen tanto que ver en todas las culturas. El alma es el aliento, y donde no hay aliento las palabras se pudren o se cosifican. Mueren en nuestra boca o pierden la vida como productos intercambiables en nuestras redes de comunicación.

Ante la saturación, la tentación es retirarse, irse y callar. Mucha gente lo está haciendo hoy en día, bajo diferentes opciones, para sobrevivir a la precariedad y a la impotencia. Pero como saben también las guerrillas, la retirada sólo puede ser temporal y táctica. Es un gesto para combatir mejor. Es decir, para abordar la vida sin perder la vida. Esto implica vivir, pensar y luchar sin dejar de experimentar.

La serie de textos que integran este libro son parte de uno de estos experimentos. A mediados de 2014, el diario *Ara* me propuso que me incorporase, de forma habitual, al suplemento *Ara Diumenge* con una columna de pensamiento. No me

atraía ni incorporarme a un medio de comunicación ni, aún menos, hacerlo de forma habitual. Pero contra esta idea, que me parecía equivocada, la imagen ya maquetada de la página del suplemento, en la que había un pequeño margen lateral para llenar, me sedujo. Mejor dicho, me tentó. Han pasado dos años de columnas semanales y debo agradecer la paciencia y la incondicionalidad de todo el equipo del diario, como también a Xavier Antich la compañía que domingo tras domingo nos hemos hecho, compartiendo página, por escrito. Especialmente, me gustaría agradecer la perseverancia de la periodista Catalina Serra y del director del diario, Carles Capdevila. Me han permitido hacer una cosa importante: ir en contra de mí misma y aprender de este gesto.

En este tiempo, mi reto ha sido crear un espacio y un tiempo que se convirtiese en un lugar de encuentro. El lugar es este margen derecho de la página. El tiempo, cada domingo. Pero el encuentro no se puede dar si quien lo provoca no se mueve. Mi desafío, por tanto, ha sido llevarme a mí misma, cada vez, al límite de un problema o de una idea, es decir, hasta allí donde se abre lo que me inquieta y no sé muy bien cómo pensar. Localizar una cuestión, presentarla y trazar el camino para acercarnos a ella con los sentidos, el corazón y la mente abiertos. Eso es lo que ha querido decir, para mí, encontrarnos fuera de clase, semana tras semana durante dos años, hasta mayo de 2016.

En este sentido, estos textos componen un género. Es un género filosófico que consiste en trazar, texto a texto, con el mínimo de palabras posible, un mapa inacabado de pistas. En este libro no están los caminos, sólo sus inicios. Pero cada inicio, si se sigue, abre un recorrido irreversible. Por eso es el antimapa de lo que analicé, hace muchos años, en mi primer libro: las prisiones de lo posible. Es decir, una realidad en la que todo es posible pero nada cambia. Yo decía, en aquel momento, que las prisiones de lo posible no tenían exterior y que sólo podían ser saboteadas internamente. Este sabotaje es salir fuera de clase. Las clases organizan el aprendizaje, el conocimiento, las especies naturales, las categorías del pensa-

miento, las razas, los géneros, las identidades políticas y las desigualdades sociales. ¿Qué quiere decir entonces salir de clase? Quiere decir, básicamente, crecer en los márgenes de este sistema de clasificaciones para alterarlo y subvertirlo. Continúo pensando que no hay un exterior, en el sentido en que no hay nada ni nadie indemne a las leyes de clasificación. Pero creo con firmeza que toda lucha verdadera es una lucha contra estas leyes y sus efectos sobre los cuerpos y sobre las mentes. La filosofía, en este sentido, es una herramienta más, pero imprescindible, de esta lucha por la vida.

El pedagogo francés Fernand Deligny, que es para mí, desde hace tiempo, una fuente inagotable de pistas, trabajó durante muchos años en los bosques con niños que, por diferentes motivos, vivían en los límites del lenguaje. Se retiró sin marcharse, se situó en los márgenes de la vida urbana y de la institución sin desvincularse del mundo, a través de sus protagonistas más imperceptibles: los niños *despalabrados*, hoy en día diagnosticados como autistas, entre otros trastornos. Deligny se preguntaba y nos pregunta todavía hoy, a través de sus trabajos escritos, dibujados y filmados, de qué está hecho nuestro lenguaje si lo miramos a partir de aquellos que no pueden disponer de él. ¿Qué veremos entonces? ¿Qué seremos capaces de entender y expresar? Me parece que la filosofía tiene algo que ver con esta necesaria operación de extrañamiento. Hay que olvidar las palabras para poder hablar, para podernos dirigir a los demás y para poder, finalmente, retomarlas. Este conjunto de textos es una invitación a hacerlo: una invitación a olvidar y a retomar. Un ejercicio crítico que quiere hacer enmudecer el sistema de clases que habla a través nuestro, abrir las palabras a los conflictos que esconden y devolverles el sentido. Las palabras sólo tienen sentido cuando hablan de aquello que nos importa. Encontrar, defender y compartir aquello que de verdad nos importa es hoy la única acción filosófica, política y cultural que puede devolver la dignidad a nuestra vida y a nuestras palabras.

I

Olvidar las palabras

Fuera de clase parece que sólo haya espacio para el castigo o la huida, los pasillos silenciosos y oscuros en los que pasan el rato los castigados, o el sol y las aventuras con las que sueñan quienes pasan el día encerrados en las aulas. Pero fuera de clase también está todo lo que ha quedado por pensar: los deseos encendidos por lo que hemos empezado a aprender, el eco de las palabras inquietantes, los problemas no resueltos y, sobre todo, la relación de todo aprendizaje con la vida, con la propia vida y también con la vida colectiva.

Fuera de clase, por tanto, están los anhelos y los compromisos de los saberes que no pueden ser capturados ni por la academia ni por ninguna otra forma de monopolizar el pensamiento. Con estos escritos me llevaré palabras y problemas fuera de clase, de las clases de filosofía que realmente estoy impartiendo en la universidad, y los traeré aquí para ser pensados y continuados, abiertos a todo el mundo, y para ser puestos en relación con aquellos problemas que hoy nos importan de verdad.

Cada año leo en clase unos fragmentos del *Zhuang Zi*, que es uno de los libros fundamentales del taoísmo chino. Un libro clásico, como diríamos nosotros, aunque para la cultura china todo libro antiguo, como este del siglo IV a.C., sigue siendo actual. Entre muchas otras, hay una frase de esta gran colección de historias y de pensamientos que me cautiva: «Busco un hombre que haya olvidado las palabras para poder hablar con él». Olvidar las palabras para poder hablar: ¿una contradicción? No. Creo, más bien, que es una

condición. Los taoístas alertaban del peligro de fijar el sentido de la realidad y tenían miedo de aquellos que se aferraban a las palabras para construirse una posición más fuerte. Las palabras como tribuna y como jaula: eso era lo que hacía falta olvidar para poder hablar, para poder hablarnos. Como ahora.

Hoy, en nuestra sociedad, las palabras parecen circular libremente, pero nos acaban atrapando. Nos atrapan los clichés: maneras estereotipadas de decir la realidad, de referirnos a lo que pasa y de valorar la actualidad, sentencias simplificadoras que vamos pasando de boca en boca, desde por la mañana temprano, cuando se ponen en marcha las tertulias, y que siguen entreteniéndonos y dándonos seguridad cuando llegan, por la noche, las conversaciones con familiares y amigos. Nos atrapa, también, el ansia de comunicación. Si no hay actividad comunicativa, dejamos de escuchar. Si no recibimos mensajes, dejamos de percibir. La comunicación, así, se torna una actividad vacía que sólo pide más y más comunicación.

Saturados de clichés y de actividad comunicativa, dejamos de hablar. Hablar es interrumpir el ruido y encontrar aquella palabra que realmente necesitamos decirnos, aquel sentido que ilumina de otra forma lo que estamos viviendo.

Las tres fronteras de la filosofía

La filosofía es la confianza en que el pensamiento puede transformar la vida y hacerla mejor. Es decir, que podemos vivir pensando y pensar cómo queremos vivir, en un tránsito sin demasiadas garantías entre el silencio y la acción. La filosofía no pretende agotar el silencio ni ser pura acción. Sabe que los contornos de lo que podemos decir y pensar son limitados y parciales, que estamos, por tanto, rodeados de silencio. Pero sabe también que sin adentrarnos más allá de los límites de lo que todavía no sabemos cómo decir, la acción es mera repetición y aceptación de lo que hay.

Europa, que presume de haber inventado la filosofía, vive hoy en la aceptación de su impotencia prepotente, encerrada dentro de sus fronteras. La frontera de la vergüenza hiere las tierras donde vivieron, precisamente, los primeros filósofos, entre las costas griegas y las de Asia Menor. Pero la frontera europea, de sur a norte, hace tiempo que se refuerza con vallas y con medidas laborales, penales, económicas y políticas. La frontera siempre ha formado parte de la razón de ser europea. El universalismo europeo es expansivo, difusionista, como dicen algunos estudiosos del fenómeno colonial. Pero no es ni ha sido nunca un universalismo acogedor ni inclusivo. Por eso, la filosofía europea, hoy, también se encuentra atrapada en una impotencia prepotente. Como el continente que le dio un nombre griego, la filosofía sobrevive recluida dentro de sus fronteras.

Las fronteras de la filosofía europea son tres: cultural, histórica y disciplinaria. La primera es la que ha cerrado las múltiples fuentes y experiencias del pensamiento en una úni-

ca identidad cultural. La filosofía, o es occidental o no es filosofía. El resto, pues, son formas de sabiduría, o de pensamiento, o de mística religiosa o poética. Pero la filosofía, como filosofía, se ha querido sola, sin aliados ni interlocutores.

La segunda frontera que delimita hoy la confianza en la filosofía es una frontera histórica. Esta filosofía occidental se ha otorgado a sí misma un sentido histórico: es decir, se ha presentado como una historia entre un origen y un final con un sentido del que se sentía portadora. El problema es que también ha querido explicar su propio final, y ahora no sabemos cómo seguir pensando, en el después del después. La última frontera es la disciplinaria: la filosofía se ha dejado clasificar, entre las disciplinas científicas, como una más entre otras, en un estéril y demasiado podado árbol del conocimiento. Y como rama aislada de las demás, la filosofía ve pudrirse sus frutos.

Como saben los socorristas que acuden a rescatar vidas y las personas que huyen, la frontera, vista de cerca, no es nada: un pedazo de mar, de tierra, de río, de vía de tren... Una identidad cultural, una forma histórica, un departamento académico. La mirada del pensamiento que se atreve a ir a buscar la vida funde, con su inteligencia, las barreras. Pero Europa y su filosofía, mientras tanto, siguen mirándose el ombligo.

Habitaré mi nombre

La filosofía es una mezcla de verdades universales y de nombres propios. Sus palabras existen vinculadas al nombre de la persona que las escribió o pronunció y a la vez se ofrecen a la comprensión de todos, porque quieren poder ser aceptadas por cualquiera que desee volver a pensarlas y hacerlas suyas. La relación de la filosofía con los nombres propios es, así, algo muy extraño.

Los lectores de hoy tenemos incorporada la idea de autor. Pero ¿son los nombres de los filósofos tan sólo nombres de autor, como pasa a menudo con los escritores y los artistas? Cuando en la escuela aprendemos (si todavía nos dejan estudiar filosofía) las ideas de Platón, o el *cogito* de Descartes, o la lucha de clases de Marx, los nombres no son solamente firmas, son parte inseparable del concepto o teoría filosófica de la que estamos hablando. No son autores de filosofía, por lo tanto, sino vidas filosóficas singulares capaces de forjar una idea y hacérsola llegar.

Hay un escrito confesional del filósofo francés Alain Badiou en el que explica por qué se hizo filósofo y cómo llegó a serlo. Badiou es un filósofo que me despierta amor y odio, admiración e irritación. Es lo que pasa cuando las ideas no son sólo teorías frías y abstractas. Este ensayo confesional, titulado *La confesión del filósofo*, tiene un final muy bonito en el que Badiou recuerda sus lecturas poéticas de adolescente, concretamente las del poeta antillano Saint-John Perse. Desde la lejanía de la colonia, el poeta escribe «habitaré mi nombre». Y Badiou añade que precisamente eso es lo que la filosofía busca hacer posible para todos y cada uno de

nosotros, seamos filósofos o no. Desde la singularidad de un nombre, la filosofía se dirige a nosotros como habitantes de nuestro propio nombre, iguales a los demás pero irreductiblemente únicos.

Aunque no seamos autores de ninguna obra, todos estamos igualmente atados a nuestro apellido, que nos vincula a determinadas relaciones filiales y de clase. De la misma manera, cada vez estamos más atados a las identidades con las que circulamos por la red y que nos convierten en una marca más o menos valorada según el mercado laboral y afectivo. Contra estas formas encadenadas del nombre, la filosofía nos devuelve el nombre propio como un lugar para conquistar la propia libertad. Ya no un apellido o una marca, sino un lugar para desplegar una vida. Pero no lo hará sin violentarnos. Porque, contra los nombres identificados y atrapados en la jerarquía del linaje y el marketing existencial de la sociedad actual, la filosofía nos obliga a cada uno de nosotros a preguntarnos: ¿habito verdaderamente mi vida?